

LO QUE TOCAMOS CON LAS MANOS

El biólogo Francisco Varela, dedicado a la investigación en el ámbito de las neurociencias, las ciencias cognitivas y la filosofía de la mente, murió tempranamente, cuando se encontraba en la gesta más importante de su vida, con enormes consecuencias posibles para la comprensión de nuestra humanidad. Le escuché decir que estaba persiguiendo las bases neurológicas de la conciencia. Nos alcanzó a contar que el mundo, como lo “conocemos”, no es algo predado: es algo que emerge a partir de cómo nos movemos, tocamos, respiramos y comemos. Esto es lo que denominó la cognición como enacción, donde las verdaderas unidades de conocimiento son de naturaleza eminentemente concreta, encarnadas, vividas; el conocimiento es una “situacionalidad”.

Lo concreto no es un paso hacia otra cosa – es cómo llegamos y dónde permanecemos. Nuestra conciencia es la elaboración que hace nuestro cuerpo de las experiencias que vivimos, y comienza con él bebe explorando su mundo tomando con sus manos todo lo que encuentra cerca y llevándolo a la boca para procesar y elaborar su conciencia.

Por supuesto, las manos son real y simbólicamente el centro de la progresiva elaboración de nuestra conciencia. Las manos son también el centro de la lectura de este domingo, tomada del evangelio de Marcos. Algunos fariseos y escribas observaron que algunos discípulos de Jesús no se lavaban las manos antes de comer y le preguntaron: ¿Por qué tus discípulos no respetan la tradición de los ancianos, sino que comen con manos impuras? Como no era primera vez que hacían comentario de índole parecida, Jesús, respondió con intensidad: “Bien profetizó Isaías de ustedes, hipócritas. Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”. Entonces se dirigió a la gente que lo seguía y les advirtió que es lo que sale del corazón lo que puede ser impuro. Como también sale todo lo noble.

Es un mensaje que necesitamos escuchar hoy, porque muchas veces sobre acentuamos las formas, las fórmulas y el rígido respeto a tradiciones entendidas superficialmente, sin darnos cuenta de que todo eso se convierte en un lenguaje mudo, incapaz de traer siquiera lejanos ecos de antiguos sentidos, mientras opera como un neurótico retorno del olvido de lo esencial. Como dijo maravillosamente Gustav Mahler: “La tradición consiste en transmitir el fuego, no en venerar las cenizas”.

En este texto del evangelio, como en muchos otros, Jesús nos recuerda que lo que importa de verdad es tener el corazón limpio, porque es el centro en que palpita y se manifiesta la vida tal como la entendemos y la construimos. Tenemos un enorme desafío, porque, según vemos, estamos obnubilados por el poder y la riqueza que ha extendido la corrupción a niveles insospechados; porque el lugar de corregir las injusticias parece que los empobrecidos van aumentando en cantidad y en el deterioro de su calidad de vida; porque con excusas de tipo religioso se condena a las mujeres al silencio, y a discriminaciones primitivas e imperdonables en la institucionalidad religiosa.

La palabra manos viene de la misma raíz etimológica que manifestación. Nos sentimos convocados y convocadas por Jesús a cultivar un corazón limpio, que manifieste en todo lo que tocan nuestras manos, un culto verdadero al Dios del amar. ¡Amen!